

Tradiciones lugareñas

LA SEMANA SANTA EN PENONOME

Agustín Jaén

Interminables seríamos en nuestra narración de cosas de antaño, si nos pusieramos a describir cada una de las ceremonias santas de la Semana Mayor, salpicadas de muchas costumbres de intención piadosa que degeneraban en verdaderos fanatismos y aun supersticiones.

Diremos algo sobre los actos principales de la gran semana

Viernes de Dolores

Como hemos dicho, alrededor de las austeras solemnidades giraba todo el pueblo y aun el distrito en masa.

El Viernes de Dolores se abría la Semana Santa con las procesiones iniciales.

"Jesús" y la "Dolorosa" eran conducidos en dos grandes grupos de hombres y mujeres, respectivamente, a la ermita de San Antonio, en medio de cantos del *Miserere*, el *Staba Mater*, letanías y *avemarías*, acompañados del imprescindible violín del Maestro Fruto y de la doliente guitarra del viejo sochantre de la parroquia.

La procesión, a decir verdad, tumultuosa y abigarrada, se detenía a la puerta de la tradicional capilla y allí entonaban los cantores y cantoras, con voces conmovidas, estrofas que describen patéticamente la despedida de Jesús de su augusta madre, para ir a padecer por los hombres:

"Hoy de Jesús y María,
los dos más amantes pechos,
en tierno llanto deshechos,
dividen su compañía...

"Ya encaminando los pasos,
al despedirse, amorosos,
Son conceptos los sollozos
y palabras los abrazos
"Ven, mi Jesús, Hijo amado,
a desempeñar tu nombre,
dando por salvar al hombre
la vida crucificado.

"Queda en paz, querida madre,
dice Jesús, que ya es hora,
de que se cumpla, Señora,
la voluntad de mi Padre.

Y al final de cada estrofa uno de los cantores decía casi lloroso

"Ay! Ay! Ay! qué sentir!
y los demás agregaban
"Ansias de ciento en ciento
penas de mil en mil".

Y un absorto recogimiento invadía las masas congregadas y no faltaba alguna anciana que recordara con lágrimas algún pariente que solía cantar, en sus mejores tiempos, aquellas dolientes estrofas, con más sentimiento, según ella.

Y la imagen del Salvador se quedaba allí, en la ermita, terminándose así la ceremonia del Depósito.

La imagen de la Dolorosa volvía al templo parroquial en medio del rumor producido por las oraciones de algunos sinceros piadosos y por los comentarios que algunos avanzados hacían del atraso en que aún estaban estos pueblos con tales costumbres.

Vamos... que en todo tiempo ha habido de todo, es verdad; pero entonces no se escandalizaban porque había más respeto, más urbanidad y más sentimiento religioso o por lo menos, veneración por las tradiciones de familia que en conjunto hacían la tradición del pueblo.

Sábado de Ramos

La vieja ermita, algo corrida en sus vetustas paredes, arrojados de ellas los murciélagos que tenían sus nidos tras del altar del Taumaturgo paduano y sentado el polvo de su pavimento era transformada por los adornos sui géneris que la piedad inventaba. Arcos de buche en la portada, con farolitos chinescos iluminados. Un gran sitial* aderezado con encajes, flores y espejitos. La imagen del Nazareno sentado en su poltrona forrada en terciopelo rojo con tachuelas doradas. Por delante de la imagen un arco de palmas, algunas arañas antiguas colgadas, con sus luces y en el suelo flores en profusión y velas en candeleros de plata.

Una abigarrada romería invadía el silencioso barrio transformándolo en una avenida de ciudad de copiosa población. Los trajes de colores variados le daban un aspecto alegre a la escena.

En las casas del barrio había animadas tertulias en donde se brindaba la clásica horchata, la chicha loje, los dulces criollos y hasta ponches y tamales. Era la gran fiesta del barrio, con sus juegos de prenda y toda la animación de una noche de San Juan —menos los tamboritos y los baños nocturnos que se usaban otrora en la fiesta del Santo Patrono, el Precursor de Jesús—.

La pequeña ermita se veía más pequeña con la invasión de peregrinos que acudían a adorar la imagen de Jesús y a depositarle sus ofrendas...

El viejo sochantre de quien hemos hablado varias veces, desgranaba las notas de su sonora guitarra, acompañando las estrofas del "rosario cantado" en honor al divino Nazareno.

En el secular mamey que aún se conserva y que está al sudoeste de la Capilla, se iban reuniendo todos aquellos que tenían que desfacer algún agravio o enderezar un entuerto, pero sin el espectro de Rosinante ni la infanzonada lanza del ilustre manchego.

Allí se formaba la rueda de curiosos y a puño limpio los mocetones y los muchachos y aun hombres de edad madura se cobraban sus cuentas de honor, pendientes durante el año.

La sangre corría por el rostro de los contrincantes; pero en ello hallaban consuelo porque imitaban siquiera en eso al dulce Jesús que derramó la suya por nosotros, aunque no en lucha airada con los judíos sino como manso cordero que sacrifican en el matadero.

No te sorprendas, lector, si te digo que muchos de los que allí combatían así, cruentamente, lo hacían bajo el influjo de una manda que tenían que cumplir fatalmente en descuento de sus pecados.

Y sabrás cómo terminó aquel bárbero pujilato de fanáticos actores?

Me lo contó don Justo Conte, aquél filósofo viejecito que murió hace poco, a la avanzada edad de noventa y siete años. Recordemos sus palabras.

"En cierta ocasión, era un sábado de Ramos en la noche y Don Lencho, como de costumbre, estaba haciendo oración, rezando los treinta y más credos y no sé cuántos Padres nuestros y Avemarías... Uds. saben muy bien que Don Lencho era... la vida eterna en eso de ganarse el cielo de todos modos con oraciones, ayunos y cilicios y... naturalmente llevando siempre una vida metódica, recogida, devota y benefactora para todo el mundo.

Pues bien, estaba en lo mejor de su oración cuando siente los gritos de un baladrón que invitaba a pelear con él "a cualquiera que fuera hombre". Se levanta resuelto y corre a la rueda... Allí se quita el saco o levita y, arremangándose hasta poner al desnudo sus nervudos brazos, le dice al bravucón. Aquí estoy yo!... Ven, acércate! El singular matón, que tenía fama de valiente y que sí lo era en efecto, se acercó mohíno ante él que había aceptado su invitación y le dice respetuosamente, casi con veneración:

—Mire, don Lencho... con usted no pelearía yo jamás, aunque usted me pegare y me tirara al suelo... Yo no cometería tal profanación. Usted mande y yo obedezco.

—Pues, bien, retírese inmediatamente a su casa y que no lo vuelva a ver por aquí en estas cosas. Y ustedes, señores, quien quiera pelear conmigo, que se acerque, o... de lo contrario, retírense seguidamente...

Parece mentira! todos inclusive el temido gladiador campesino, fueron desfilando como mansos corderos.

Y parece mayor mentira aún: Desde entonces se acabó esa bárbara costumbre entre los hombres quedando tan solo en algunos muchachos malcriados."

Y yo recuerdo que perduró tal tradición entre los muchachos quisquillosos, hasta que un capitán de policía a quien llamaban con el apodo de Macho de Monte, le puso fin, haciendo conducir al cuartel a los peleadores dándoles a cada uno unos cuantos azotes.

Y es que, las malas costumbres y las malcrianzas y escándalos terminan cuando hay verdadera autoridad que se sabe imponer.

Domingo de Ramos

El templo está literalmente ocupado... Al lado de la epístola se ve una mesa cubierta de hojas de palma real de color amarillento con un ligero ribete verde.

El Ministro sale con su capa morada a entonar las preces rituales y bendice con la solemnidad de la rúbrica sagrada las ramas de la reina de las palmeras montañesas.

Luego, se organiza la procesión que sale por una de las puertas laterales... El sacerdote y ministriles con sus sotanitas rojas y roquetes blancos, con la Cruz parroquial y demás enseres sagrados... Va el cabildo indígena con sus grandes ramas de palma y muchedumbre de fieles también con la misma sacramental empuñada con veneración. Se cantan los salmos y llega la procesión a la puerta mayor cerrada previamente, en donde se detiene. Allí canta solemnemente el Sacerdote el viejo himno del español Teodulfo de Orléans, del siglo IX Gloria Laus! Alterna sus estrofas con el sochantre que está al otro lado de la puerta, en el interior del templo. Al terminar el solemne canto, el Ministro da tres golpes a la puerta con el mango de la Cruz parroquial y la puerta se desparra... Se pulsan las campanas con alegre repique y avanza la procesión por la nave central, con toda la imponencia que requiere.

Luego... la mise con sus admirables misterios y el rezo del Pasivo, según San Mateo.

A las cuatro de la tarde una turba de chiquillos con pitos y algarazas pasean la burriquita, un bello caballito manso

al que han adornado con estrellas doradas, salpicadas por la piel, cascos de oro, una silla nueva y mantilla o guadrupa vistosa. Las riendas son cordones de seda. El primoroso caballito es conducido por las calles, con veneración por parte de la ingenua chiquillada.

Los repiques prolongados de las campanas anuncian la procesión.

El barrio de San Antonio se llena de viandantes en trajes de fiesta. La Puerta de tierra hecha de tejido de pencas de palma cortinas de telas y flores está rodeada de curiosos. Allí está el patio en espera de la llegada del divino

cabalgador. Desde allí, el espectáculo es muy típico. Allí, a lo lejos, se ve la ermita, sirviéndole de fondo la mole del Guacamaya, y las multitudes que avanzan hacia ella. Poco a poco se va llenando la calle como la nave central de un vasto templo, pero iluminada con la reberberante luz de un recio sol de estío que deja ver las moléculas luminosas que caen en la calle como polvillo de oro. Viene y gritan algunos. Todos vuelven la mirada. Viene lentamente la procesión... El avance de toda clase de gentes, los gritos que dan algunos para hacerse oír en medio del ensordecedor ruido de los pitos de la inmensa nube de muchachos, todo remeda, de manera gráfica el triunfo de Jesús en su entrada a Jerusalén. La imagen del dulce Nazareno viene montado en el típico caballito, o la burriquita como dicen todos, sostenido por dos piedosos varones que se han brindado espontáneamente a recibir aquella honra.

Avanza la procesión... la gente se aglomera, se agoipa junto a la Puerta de tierra donde se detiene el Cortajo.

Allí entona de nuevo el sacerdote el Gloria Laus de la mañana y luego de abrirse la puerta, avanza la santa imagen en su cabalgadura y desde ese momento y lugar en adelante, sigue bajo el palio, cuyos varaes de plata llevan distinguidos caballeros.

El Ministro y el sochantre entonan, alternados sus versículos, el Te Deum y el Laudate siguen los pitos y la bullanga de los concurrentes hasta la puerta de la Iglesia parroquial. Allí cesan las campanas y los pitos y se impone el silencio. Ocupa su puesto Jesús en el santuario y el Párroco sube al púlpito para explicar al pueblo la ceremonia que acaba de presenciar.

Lunes Santo y Martes Santo

En la noche, después del fervoroso rezo del Quinario o ejercicio de cinco días —de lunes a viernes— desfila por uno de los barrios la procesión correspondiente.

El lunes, **Jesús orando en el huerto**. El paso es típico: Un jardín con arbustos de dos o tres metros de altura y algunas ramas colocadas sin simetría; una cuantas guardabrisas con velas encendidas y un tejido de cintas de lana roja, cruzadas, formando cocaditas. La imagen de Jesús colocada con más o menos arte y colgando del aire, por la cintura una escultura que representa un niño Dios con alas "un angelito" llevando un cáliz.

El martes, **es Jesús cargando la Cruz**, ayudado del cirineo y azotado por dos judíos. Es de advertir que ni Simón de Cirene ni los dos verdugos son imágenes artísticas, ni mucho menos. Son tres muñecos grotescos hechos a la ligera por los arregladores de las andas y vestidos al estilo moderno: sombrero, saco, camisa, corbata y pantalones. Naturalmente que en medio del cuadro triste del Manco Nazareno que carga la Cruz, se ven aquellos fantoches que causan hilaridad. El uno con un macho de escoba (escoba vieja y gastada) el otro con un garretillo criollo, tienen sus brazos levantados para descargar la azotaina cobarde sobre el inerme Jesús. El cirineo, tieso, más bien que ayudar, se carga sobre la cruz de la divina víctima.

Dichosamente hoy se ha suprimido lo grotesco de estos pasos.

A cierta distancia marcha la imagen de la Dolorosa llevando como fiel servidor al príncipe de los Angeles, un San Miguel que colocado atrás, le lleva el canto de su manto azul.

También se ha suprimido posteriormente ese servidor príncipesco porque la humilde María, cuando iba tras de su hijo por la calle de la Amargura estaba muy lejos de tener esa asistencia arcangélica.

En fin, el candor del pueblo interpretaba a su manera los pasos sagrados y la autoridad eclesiástica toleraba tales cosas por la intención piadosa que ellas llevaban.

Entonces, las luces de las andas resplandecían en las calles arenosas y empedradas por la ausencia del alumbrado público...

Miércoles Santo

La procesión de los indios. Era la indiada con su flamante Gobernador, sus alcaldes, comisarios, cabildantes, etc., los que tenían a su cargo la procesión del Miércoles.

Un paso esplendoroso, un verdadero altar portátil era lo que salía a recorrer las calles del poblado. El Calvario con Jesús crucificado, la Virgen suplicante y un San Juan vestido de sacerdote, listo ya como para decir Misa, y con un cáliz descubierto como receptáculo de la sangre que manaba del Costado de Cristo.

Una gradería de guardabrisas y ramos de papel en sus respectivos floreros —que en muchos casos eran canecas o botellas de terracota de las que servían de envases a la cerveza negra, forradas con papel picado— y luego las imprescindibles cintas de lana roja, en forma de rombos o cocaditas como se ha dicho. De la parte superior de la Cruz pendían dos largas sogas que en sus extremos inferiores y alto tirantes, llevan dos alcaldes elegidos por el gobernador como una distinción. Colgando de los brazos de la Cruz van dos farolitos de cristal con velas encendidas para que se pueda ver el rostro del divino Cadáver.

Formando calle va el Gobernador con sus demás alcaldes y cabildantes con sus largas varillas negras, el Gobernador va grave, empuñando con un pañuelo su bastón de mando.

Nadie le gana en la altísima honra que lleva con tal cargo y con el de vigilante del orden en la procesión.

El Cura va frente a las andas y tras de éstas el coro de cantores con sus violines y la guitarra dominante del augusto sochantre, cantando el emocionante *mi serere*. Tristes *pasacayes* (*pasacalles*) alternas con las estrofas del penitente rey David.

Un silencio imponente se extiende por toda la procesión hasta su entrada al templo a eso de las doce de la noche.

Esta procesión se ha suprimido y en su lugar va la de Jesús cargando la Cruz, la cual ha sido sustituida el martes por la muy imponente de Jesús atado a la Columna con su vestido rey de burlas de loco sublime. Túnica blanca y manto rojo, una caña y su corona de espinas; el verdadero Rey de las almas, el analtecedor del dolor y de la humildad. Aquella burla sangrienta fue el accaso al

trono que hoy tiene en el corazón de la humanidad! Y sobre ella reina, impera y domina como Dios!

Jueves Santo

El templo presenta un abandono general. Solo un altar está paramentado lujosamente y el Monumento se eleva en la nave central abarcando todo el presbiterio, con sus artísticas cúpulas, su piso alto balconado y su gradería.

Centenares de luces ocupan el fastuoso monumento. El pelícano tiende sus alas blancas en el altar preparado en lo alto, bajo dosel de seda y adornado con corona y corona con prendas preciosas.

Es el producto aquella hermosa armazón de madera de varios días y noches de consagrado trabajo, sin más remuneración que sentirse satisfecho de ver el conjunto de la bella arquitectura.

Es un templo antiguo en lo alto de la colina en donde se ha labrado una escala. Tiene sus pórticos y su terraza con balaustrada y las cúpulas se levantan airoso sobre columnas proporcionadas. En cierta ocasión el artista señor Morales hizo su obra en condiciones de poder recibir mil quinientas bujías o velas. Aquello, en la noche, era fascinante, deslumbrador. De todas partes acudían a ver el Monumento de Penonomé, porque ya la fama lo había prendido con los hechos en años anteriores.

El cabildo urbano, o Consejo Municipal, las autoridades de todos los poderes, la policía especialmente uniformada, con tambores, cornetas y rifles a la funerala pasado el Canto de Gloria, el Gobernador indígena, su cabildo, Alcaldes con sus varitas negras, la juventud masculina y femenina bien trajeada, los viejos con sus levitas, las señoras con sus mantillas a estilo sevillano, todo hacía imponente los divinos oficios de ese día.

Pasada la procesión del depósito de las sagradas especies en el Corazón del hermoso pájaro que tendía sus alas blancas en lo alto del Monumento, el señor Cura llamaba la primera autoridad política del lugar, unas veces al Prefecto de la Provincia y otras al Alcalde, para condecorarle con la llave del sagrario que de rodillas recibía el mandatario y luego la ostentaba flamante por las calles y plazas acompañado de su séquito y solicitando "la limosna para el Santo Monumento".

La guardia de honor del Santísimo con armas a la funerala se turnaba cada dos horas, sucediéndoles en tal oficio jóvenes distinguidos manejando la espada en lugar del rifle, durante todo el día y la noche y la mañana del Viernes hasta la Consumación de la Santa Hostia.

Desde el canto del Gloria de la Misa del Jueves hasta el canto del Gloria de la misa del sábado, no se oía en toda la población sonido alguno, ni siquiera la campana que anunciaba la hora. Sólo en la procesión del Viernes se oían las tristes notas de los violines y guitarras que acompañaban el Miserere, el Staba Mater y los versos de la posa, amén del tambor que llenaba el compás de una marcha fúnebre, lentamente golpeado.

En la noche después, del Sermón del Mandato comenzaban los rezos del viacrucis. Nadie se quedaba sin hacer el sagrado ejercicio. Los viejos varones, los jóvenes, los niños, las matronas, las señoritas y niñas, por grupos de familia y de amigos. Hasta los que en el resto del año se las daban de espíritus fuertes y aun descreídos, en esta santa noche les parecía algo así como un sacrilegio dejar de hacer el viacrucis. Y esta costumbre se repetía pero no con la generosidad de otro tiempo de más candor.

Por el templo se ven cuadros gráficos de la Pasión allí a Jesús atado a la Columna... acá Jesús clavado en la Cruz y más allá —no se oía el lector, por piedad— Jesús muerto, en un catre, rodeado de velas y la Virgen Dolorosa a la cabecera de la cama en actitud tristísima y vestida de riguroso luto a lo María Stuardo.

Allí se arrodillaban los campesinos a besarle los pies al cadáver tumefacto de Jesús, cubierto desde el cuello hasta el tarso con un rico sudario. No faltaba una vieja rezandera que, adulterando el santo rosario, echara allí, con lenguaje medio bozal, más oraciones que las que tiene un misal.

En las tres puertas de entrada al templo permanecían dos señoritas sentadas, custodiando el platillo que sobre una mesita iba recibiendo las ofrendas de los concurrentes a las sagradas ceremonias.

En las casas desde la tarde del miércoles se apagaba el fogón y se guardaban las viandas sin carne, para comer lo indispensable en los días jueves y viernes que eran de riguroso ayuno.

Esta costumbre fue modificada, permitiéndose cocinar en tales días, pero tan solo los platos de rigor: ni carne

ni su sustancia, ni nada que de ella dimanara como lecti-
cinius, grasas y huevos.

Las ensaladas de ahuyama o zapallo, el pescado las
meniestras (menestras) las legumbres tuberculosas y el
pan blanco eran los manjares generalmente usados.

En tales días no se podía tener riña y hasta los padres se
veían cohibidos para castigar a sus hijos y criados. "El
que le pegaba a otro le pegaba al Señor".

Todo el mundo se abstenía de diversiones, siquiera tertu-
lias, y el bañarse era una irreverencia.

Entre la gente ignorante corría la creencia de que "el que
se bañaba el Viernes Santo se volvía pescado".

Queda aún tanto que decir de la manera cómo se obser-
vaba en este pueblo en "aquellos tiempos" el sagrado día
en que la Iglesia conmemoraba la Institución de la Euca-
ristía y la Pasión de Jesús.

Viernes Santo

Es el gran día del año, el máximo día: La muerte del
SALVADOR, el eclipse de Dios! La REDENCIÓN del
humano linaje, el día del supremo dolor y de su glorifica-
ción! El día del crimen inaudito y del arrepentimiento
sincero, hasta la santidad, el día de los grandes y so-
lemnes misterios!

En el templo hay una gran desolación: los altares des-
mantelados, por tierra los paramentos, un velo fúnebre
de grandes dimensiones cubre el Santo de los Santos.

El monumento, el día anterior tan alegre con sus
innúmeras luces, apenas se ve alumbrado con tristes lam-
paritas de aceite y cabos de vela que chisporrotean. Las
alfombras de las capillas se ven recogidas, con sus visto-
sos colores contra el pavimento, las velas y candeleros
tirados sin orden en los altares... Unas cuantas almas
devotas, trasnochadas y fatigosas, son como lámparas
votivas que arden ante el Sagrario...

Suena la lúgubre matraca... El sacristán recorre las calles
anunciando los divinos oficios y seguido de unos cuantos
muchachos que se suceden en el manejo del insonoro
artefacto con sus golpes secos.

Muchas casas cierran sus puertas para dirigirse al templo
todos sus moradores, hasta los sirvientes y cocineras.

Hoy no se trabaja. Hoy es día de penitencia y amor, de
conciliación y de fervor.

El templo está pleno de personas enlutadas que ocupan
sus bancos; y por los lugares desocupados de las naves se
ven los campesinos con su indumentaria común, vestidos
de limpio.

Sale el sacerdote y se postra hasta el suelo ante el altar
del Sacrificio. Entre tanto, el sochantre canta con voz
grave y apagada, sin música, una lección de Oseas... Los
monaguillos van extendiendo los manteles, levantando
los candeleros y poniéndole velas apagadas. El misal des-
cansa en su atril cubierto de un velo negro. El pueblo,
postrado también, adora los grandes Misterios.

Llegado el momento del Passio según San Juan, el
pueblo se pone de pies al oír el diálogo cantado que se
establece entre el Celebrante que representa a Jesús, el
sochantre que es el cronista y otro de los cantores que
representa los demás personajes que intervienen...

Luego el Ministro toma el Crucifijo cubierto con paño
morado y volviéndose al pueblo, comienza a descubrirlo
lentamente, con el canto del versículo:

"Mirad el Santo Madero de la Cruz
de donde pende CRISTO, la salud del mundo!"

Y el coro contesta:

"Venid, adorémosle!"

Esta excitación se repite dos veces más con mayor
ahínco y levantando en alto el bello Cristo.

El sacerdote, con pasos graves se dirige al centro de la
nave principal conduciendo el Santo Crucifijo, despojado
ya de los velos que lo ocultaban y lo coloca sobre un
almohadón de seda morada, cubierto de manteles more-
dos sobre un tapiz negro.

La adoración del Santo Leño

El Sacerdote se quita el calzado y adora la Cruz ren-
didamente. Luego invita a todos a seguir su ejemplo de
adoración. Y mientras el pueblo rinde su homenaje a la
Cruz, el instrumento precioso de nuestra Redención, el
Coro canta los himnos y lamentaciones rituales y las
querellas dolientes del Divino Mártir.

Ensayemos una paráfrasis de ese nermosísimo canto de la Iglesia Católica

-Pueblo mío, qué te he hecho? Cuál ha sido la causa de tu encono contra mí? Abre tus labios y di?

Si porque te saqué del pueblo de Egipto libertándote de tus tiranos y te alimenté con el maná delicioso e impoluto, tú me atas a una Cruz y me das a beber vinagre mezclado con hiel? Esa es tu recompensa? Abre los labios y di?

Si porque te libré de las mordeduras de reptiles venenosos en el desierto de tu peregrinación, de una larga cuarentena, y te di aguas purísimas, que brotaron de la peña seca y dura, tú azotas mi cuerpo divino hiriéndolo hasta derramar sangre y me niegas un sorbo del grato licor que das hasta a tus bestias?

Dime, qué te he hecho? Respóndeme!

Si porque hice prodigios de amor por ti, prodigándote tantos favores como miradas compasivas, librándote de tus enemigos, , tú me entregas a mis verdugos que me conducen con escarnio por las calles de Jerusalem para darme una muerte ignominiosa?

En qué te he contristado? Háblame con el corazón!

Si porque te entregué mi cuerpo en la Eucaristía como exceso divino de mi amor, tú me insultas con tus horrendos pecados e ingratitudes?

Respóndeme!

Si porque te he perdonado mil y mil veces en tus ofensas a mi Divinidad y te he levantado compasivo setenta veces siete mil, tú no te compadeces ni una sola de mi soledad en el Calvario perpetuo de mi retiro sacramental y profanas mi templo con tus impurazas?

Qué te he hecho? Háblame confiadamente!

Si porque acudo presuroso a tus llamadas para darte el néctar de mi amor, tú me desprecias y me niegas, cobarde, delante de los hombres?

Dí, en qué te he ofendido?

Si porque te ofrezco el Paraíso para siempre jamás tú no quieres renunciar a tus vicios y obcecado permaneces en

ellos para no estar perpetuamente en mi dulce compañía?

Pueblo mío, qué te he hecho, en qué te he contristado? Respóndeme!

Terminadas esas querellas llenas de amor ternísimo y candente, se van encendiendo las velas del monumento y las del altar... El Ministro levanta el Crucifijo y lo lleva al ara del sacrificio colocándolo en el sitio acostumbrado.

Luego .. Consume las sagradas especies y sin dar la bendición y como dejando truncado el sacrificio, sin otra ceremonia, se retira del altar.

El silencio

En el centro del altar mayor se ha levantado el Calvario.. Allí está JESUS muerto, solemne, imponente, con las velas apagadas. La lamparita del Sagrario también ha dejado de alumbrar y paños negros y un gran velo cubre todo el altar, sobre el cual se destaca la sagrada imagen: velazquina.

El templo se va llenando de concurrentes. El sacerdote con sobrepelliz blanco pero sin estola, aparece en la sagrada cátedra. La enorme concurrencia no permite seguir los pasos del Vía Crucis y desde allí, desde el púlpito, sigue el sacerdote con la mirada la trayectoria de los cuadros de la Pasión, recitando las oraciones del caso.

Terminado este piadoso ejercicio, el oficiante, emocionado, nos habla con unción piadosa de las siete memorables palabras del HIJO DEL HOMBRE, dichas en sus postreros instantes. Analiza patéticamente la escena del Calvario. Hace derramar lágrimas...

De pronto... suenan las tres en el vecino cuartel... Un toque prolongado de corneta deja oír sus vibrantes notas de silencio... El sacerdote enmudece, cae de rodillas, el pueblo se postra silencioso y durante TRES MINUTOS de absorción, medita en el instante supremo que se conmemora. La emoción es intensa... el erizamiento de los vellos del cuerpo hace sentir un ligero cosquilleo y hasta las lágrimas brotan sin poderlo evitar.

Pasado ese instante, que pudiéramos llamar sublime, se levanta el Ministro de Jesucristo y continúa su sentida plática. Está posesionado de la gravedad del momento y

brotan de sus labios palabras de consuelo para el pecador que se arrepiente, al encontrar la infinita Misericordia de un Dios que muere por su amor inmenso, como divino, por el hombre!

La Procesión

Es de noche ya... No ostenta el templo la iluminación de los días de fiesta. Sólo doce cirios alumbran el sagrado cadáver de JESUS, pendiente del Madero. Será una representación de los doce apóstoles? En el resto del templo las cinco arañas eléctricas derraman los fulgores de su apacible luz. El templo, que a penas puede contener unas tres mil almas apiñadas, resulta exiguo para la enorme concurrencia que se desborda por la plaza y las calles adyacentes. De todo los puntos de la República han venido en devota romería: desde el darienita hasta el chiricano están allí Extranjeros curiosos han acudido a contemplar nuestra magna solemnidad. Allí están el flemático inglés, el tudesco inquisidor, el yankee curioso, el francés atento, el italiano curado de cosas grandes, el español tradicionalista que goza con ver prolongada su patria y sus tradiciones por los ámbitos del nuevo mundo, el judío culto y respetuoso, el chino al parecer insensible, negros lucientes con su carne de azabache... en fin, de todas las razas y creencias. Penonomé presenta el espectáculo de una Jerusalén en miniatura.

Bajan al Señor de la Cruz... Es depositado en su sepulcro alumbrado y adomado bella y piadosamente aunque muy lejos de la imitación de la santa sepultura que le brindara José de Arimatea, allá, en las afueras de la ciudad decida, a su difunto y querido Maestro.

Comienza la agitación: Los monaguillos con la cruz parroquial, incensario y otros administrativos, ángeles con los instrumentos de la Pasión, los Apóstoles con sus insignias o símbolos: Cáliz, llaves, cruces, piedras, cuchillos, mazos y bastones de peregrinos; la Samaritana con su cántara y sus ojos vivocas, la Verónica con el Divino Rostro, Marta con su alcuza y Magdalena con su pequeño ánfora de plata en donde lleva el unguento perfumado. Allí van con sus vestidos típicos, imitando la indumentaria hebrea de los tiempos de Cristo. Todas estas gráficas representaciones van en larga file entre las andas de San Juan y las del Santo Sepulcro. Allí ve también una lotación de cornetas y tambores con sus camisas rojas. Pertenecen al abnegado Cuerpo de Bomberos de la ciudad de Panamá, mandados generosa y

piadosamente por el noble comandante don Juan Antonio Guizado, considerado penonoméño por el corazón. También va allí, con armas a la funerals una delegación de la Policía Nacional. Tras de las andas del Sepulcro ve una orquesta tocando selecciones fúnebres.

Un gentío inmenso se agolpe tras de este cortejo. A poca distancia ven los ángeles que custodian el cortejo de la Virgen: catorce vestales cristianas con su nivea vestidura, cada una empuña un estandarte con un cuadro del Vía Crucis sobre el fondo morado. Y por último, la Virgen Dolorosa al pie de la Cruz, con sus manos cruzadas y su semblante tristísimo como es inmenso su dolor. Va de riguroso luto, alumbrada con los focos diamantinos de una bien colocada batería eléctrica.

Entre la Cruz procesional y el paso de la Virgen se ha formado una larga calle de honor alumbrada con ciento veinte antorchas puestas en alto, la mitad, obsequio de la colonia china del lugar y las otras pertenecientes al Cuerpo de Bomberos, gentilmente enviadas por su benemérito Comandante, caballeros, señoras y señoritas con candelas encendidas y miles de personas a los lados.

Como un homenaje del Cuerpo de Policía acantonado en la plaza, tras de las andas de la Virgen van sus cornetas y tambores de orden dando los toques de rigor. Allí también se ha agolpado parte de la gran muchedumbre.

Los sacerdotes ocupan su puesto con piadosa actitud, tras del Santo Sepulcro, mustando plegarias.

El espectáculo es subyugante... Aquellas largas filas de alumbrantes es imponente. La religiosidad de los concurrentes imprime profundo respeto.

No es exagerado afirmar que allí hay menos de seis (6) mil concurrentes.

Algunos forasteros que han viajado por los países extranjeros calculan el número en ocho mil. Y no han faltado vecinos concientes de la Capital que emiten su opinión diciendo:

"Yo apostaré que hay diez mil personas en esta manifestación religiosa. Puede afirmarlo así porque he visto las grandes manifestaciones patrióticas y políticas de la Capital en donde no hay más de lo que aquí se ve".

Sea de ello lo que fuere, lo que puede asegurarse es que es enorme la cantidad de peregrinos que han presenciado

nuestra clásica procesión.

Las ceremonias litúrgicas y populares de los días sábado y domingo subsiguientes, fueron como siempre.

Y como dato que alaga el sentimiento religioso, se puede afirmar que en este año, durante la cuaresma, se han dis-

tribuido algo más de dos mil (2.000) comuniones en esta ciudad indígena y castellana que "aun cree en Jesucristo y habla el español". Y agregamos nosotros, el español dulce de Teresa la Doctora. ■

Penonomé, 22 de abril de 1935



Manifestaciones Populares del Bajo Piura

Leoncío Chapañan Cajissol

PRESIDENTE CENTRO DE TRABAJO POPULAR
IADAP - PIURA

Piura, es el nombre de un Departamento, ubi- do al nor occidente del Perú, Alto, Medio y Bajo. Piura depende de su altura sobre el nivel del mar y corresponde sólo al sector ubicado entre las Provincias de Piura y Morropón cuyo territorio es recorrido por el río Piura, que bajando desde las serranías de Huancabamba, atraviesa la Provincia de Morropón, cruza la ciudad de Piura y "baja" por pueblos eminentemente agrícolas hacia al mar. "El Bajo Piura", entonces, es el conjunto de Distritos, pueblos, caseríos, caletas y valles, ríos, ubicados en la parte sur occidental de la ciudad de Piura. Probablemente no haya en el norte del país una zona con mayor tradicionalismo, donde las costumbres ancestrales tienen plena vigencia y son parte del modus vivendi de sus habitantes. Fiestas, devociones, mitos y leyendas constituyen una PERSONALIDAD SOCIAL original y claramente diferenciada del resto de otras agrupaciones humanas y culturales.

La inmersión del hombre en la tierra agrícola define sus características mentales, su proyección social, su universo vocabulario, haciéndole un hombre apacible, de reacciones lentas, pero de definiciones muy profundas. Su com-

portamiento está condicionado como la misma tierra, por las lluvias, los vientos, el mar, el desierto, el río, las plagas, las cosechas; de ahí que sus festividades están ligadas a la naturaleza misma. Conservan, eso sí la vocación mística, mágica y religiosa de los pueblos orientales y el temor, la devoción, y la conformidad de la corriente cristiana traída por los españoles.

Su idiosincracia responde, entonces, a esta mixtura de culturas aborígenes ancestrales y occidentales.

La gente del "Bajo PIURA", vive cada día con la inercia del trabajo heredado, pero al mismo tiempo con la profundidad que le exigen sus creencias, cada largo descanso en sus manifestaciones eufóricas y catárticas, es una profunda reflexión sobre su trascendencia: la presencia del bien y del mal es el motivo de todas sus manifestaciones, ya sea en la música, en las danzas, o en sus expresiones plásticas.

El trabajo que presentamos es una sencilla recopilación de algunos aspectos de la cultura de los hombres y mujeres del BAJO PIURA.